

LIBROS

Jaime Gil de Biedma se jubila a sí mismo

... y vivir como un noble
[arruinado
entre las ruinas de mi inteli-
gencia.

El debate sobre si un poeta debe o no ser inteligente, no está cerrado. Hasta ahora, entre nosotros, es un debate incluso mal planteado. Los detractores de Unamuno poeta, le atribuían un exceso de inteligencia. En cambio, no se podía decir que Bécquer, Juan Ramón o el propio Federico García Lorca fueran excesivamente inteligentes. El debate está mal planteado porque la mismísima inteligencia de Unamuno queda hoy muy contestada. La buena poesía siempre es inteligente, y para ello no es preciso que el poeta tenga un coeficiente mental de niño norteamericano. Hay una inteligencia poética que repercute en la lógica del lenguaje, en su estrategia expresiva. Incluso una poesía sensorial a lo Juan Ramón tiene esa inteligencia poética, única exigible a toda clase de «amateurs» artísticos.

Pero, excepcionalmente, un poeta convierte su inteligencia (la del coeficiente mental) en ingrediente poético. La lucidez del poeta ante los demás, ante la vida, ante sí mismo es manipulada lingüísticamente con arreglo a una especial álgebra rítmica, es decir, se convierte en material poético. Para evitar que alguien confunda la poesía culta o filosófica o dosmogónica con esa poesía de la propia inteligencia a la que aludo, recurro al ejemplarismo: los poemas filosóficos de Núñez de Arce o Campoamor son sabios; los poemas de Cernuda o de Jaime Gil de Biedma son poemas contruidos con la pretensión de convertir la inteligencia de sus autores en espectáculo poético. En los tiempos en que Jaime Gil de Biedma hacía poemas comprometidos con respecto al contexto histórico (hay que darle esta vuelta eufemística porque Jaime Gil nunca ha escrito «poesía social»), sor-

prendía la distancia (no renuncia) moral con que el poeta de «Compañeros de viaje» se situaba ante sus propias experiencias y las comunitarias. Era una poesía comprometida muy poco alineada, muy inteligente por lo tanto. En esta actitud, Jaime Gil estaba acompañado por Valente y, quizá, por Carlos Barral, si de éste olvidamos el último verso de «Baños de doméstica». Esta actitud distanciada, inteligente, no impidió que Jaime Gil escribiera el más hermoso poema de la poesía comprometida española de todos los tiempos; me refiero al titulado «Barcelona ja no es bona» o «Mi paseo solitario en primavera», compilado en la amistosa y privada edición de «Cuatro poemas morales». Gil de Biedma, en este poema, da una lección de independencia estética y política. La poesía comprometida española de aquellos años se resiente de su servidumbre implícita o explícita a las líneas maestras de la coexistencia pacífica y del panmunjonismo nacional. Jaime Gil era ya entonces lo suficientemente inteligente como para ser independiente y reclamar la posesión de una ciudad-símbolo (Barcelona) para la depauperada población barraquista de la montaña de Montjuich.

Sean ellos sin más prepara-
[ción
que su instinto de vida
más fuertes al final que el pa-
[trón que les paga
y que el salta-taulles que les
[desprecia:
que la ciudad les pertenece
[un día.
Como les pertenece esta mon-
[taña,
este despedazado anfiteatro
de las nostalgias de una bur-
[guesía.

Este maximalismo poético-revolucionario en un hombre que pide perdón por haber nacido en «... la edad de la pérgola y el tenis», «hijo, dos veces, de padres propicios...», representaría algo así como el borrón y cuenta nueva de la poesía civil de Jaime Gil. En su siguiente entrega poética «En favor de Venus...», Jaime Gil toma partido por el amor, en el sentido francés de la palabra y en todos los restantes sentidos. Del erotismo a la cordialidad o la solidaridad, «En favor de Venus...» es también un «slogan» comprometido, muy comprometido porque la represión sexual y cordial era, en el momento de su aparición, el único, pero total, punto coincidente de las derechas y las izquierdas nacionales.

Tal vez, por lo hasta aquí



Tierna
incomunicación

Ginsberg, ante el juez de Chicago

«Creo que tengo una vaga idea de su profesión. Tengo entendido que en un principio fue poeta...». El juez Hoffman estaba hablando a Allen Ginsberg. Allen Ginsberg es, probablemente, el poeta americano más conocido en el mundo entero. Estaba declarando como testigo en Chicago, y el juez Hoffman —setenta y cuatro años— es quien conduce el proceso de los «Ocho de Chicago» (ver TRIUNFO, número 393). La declaración fue un «chopping». Allen Ginsberg tiene cuarenta y tres años, un talento literario indiscutible y una personalidad de las que se describen como extravagantes. En 1953 apareció su primer libro importante, «Howl and other poems», que apareció como una protesta contra la organización de la sociedad civil en los Estados Unidos, contra el «desierto de cemento armado», siguiendo la línea de quienes habían sido sus maestros directos: William Carlos Williams y Jack Kerouac (la los diecisiete años fue expulsado de la Universidad de Columbia por «haber sido visto en compañía de Kerouac»). «Empty Mirror» o «Reality Sandwiches» son otros libros escritos en el mismo tono. Trata de «crear un sentimiento de comunidad en una sociedad atomizada», tiene «aversión por la ideología», pretende que los gentes se entiendan por contacto directo («alma a alma, cuerpo a cuerpo»), trata de ser «un héroe surrealista del pueblo», puesto que el pueblo está «asqueado de los políticos», y entiende que entre todos debe haber una «tierna comunicación». Ni tierna ni dura: no hubo comunicación entre Ginsberg y su juez, Hoffman. El magistrado quedó ya atónito ante la presencia de este extraño barbudo que hacía brillar una corbata psicodélica sobre una camisa deportiva multicolor y que le saludaba con las dos manos sobre el pecho, a la manera hindú. Quiso preguntarle si conocía a Jerry Rubin —uno de

los acusados— y cuáles eran sus relaciones. Ginsberg contestó que había estado en un «be-in» (traducción directa: «estar dentro»). «No tengo ni idea de lo que está usted diciendo. ¿Qué es eso?». Ginsberg quiso explicar lo que es un «be-in». «Una reunión de jóvenes preocupados de nuestro destino planetario, imbuidos de una nueva conciencia, de un nuevo estilo de vida planetario... sobrepasando la vida a la concurrencia, la adquisición y la guerra», Hoffman se quitó sus lentes y declaró que se quedaba con una idea vaga, muy vaga, de lo que era un «be-in». Ginsberg complicó entonces más al juez explicándole algo referente a los «festivales de vida». Cuando al juez le pidió explicaciones más concretas, Ginsberg irrumpió a cantar: «Hare krishna, Krishna hare krishna. Hare ram, Hare ram, ram. Ram, Hare, here». Hoffman se limitó a decir que el idioma oficial en los tribunales de los Estados Unidos es el inglés, y que no sabía ni siquiera en qué idioma estaba cantando el testigo. «Sánscrito», replicó el poeta. «Está bien, si quiere usted buscaremos un intérprete de sánscrito». Ginsberg intentó, sin embargo, seguir cantando para explicar de qué forma se puede buscar la concordia y la paz. El juez renunció a entender nada. No es la primera vez que los cánticos de Ginsberg le traen problemas. En Checoslovaquia fue elogiado «Rey del Primero de Mayo» por los estudiantes. Ante una reunión de 100.000 personas cantó unos himnos bódicos del Tibet, y las autoridades checas decidieron expulsarlo. En Cuba, en la Unión Soviética y en Polonia fue considerado también como sospechoso, a pesar de ser entonces exiliado de los Estados Unidos. Las razones de su exilio tampoco le hacían gracia a las autoridades comunistas: había defendido la marihuana y, en general, el uso de los drogas. ■ E. H. T.

dicho, el lector ideologice demasiado el disfrute de una lectura de Jaime Gil de Biedma. No sé qué tal le sentará a Jaime Gil el que escribamos aquí que uno de sus principales méritos es el de escribir continuamente poesía ideológica de la buena. Probablemente, nuestro noble, arruinado entre las ruinas de su inteligencia, se limite a encoger los hombros. Sería una actitud coherente. ¿Qué es poesía ideológica de la buena? Aquella en que la ideología no lo parece, en que la ideología se ha hecho lenguaje poético y no el lenguaje poético se ha hecho ideología.

Ahora, Jaime Gil ha publicado «Poemas póstumos», en la excelente colección *Poesía para todos*. Si en sus anteriores libros el poeta contemplaba a distancia la realidad civil amorosa que le rodeaba, en su última entrega, Jaime Gil se convierte en espectador de sí mismo. Parecen reflexiones postrimeras de un noble muerto y arruinado mientras contempla su propia calavera:

*Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender
[más tarde:
como todos los jóvenes, yo
vine
a llevarme la vida por delante.*

Los compromisos de Jaime Gil siempre son inteligentes, importantes. El poeta se compromete en «Poemas póstumos» con la sinceridad y no sinceridad de su juventud extinta. A la poesía sincera le ocurre lo que a la ideológica, sólo es buena si no parece sincera. De todas las trampas que comete Jaime Gil de Biedma en «Poemas póstumos», la más fresca es la de su falsa muerte:

*Yo me salvé escribiendo
después de la muerte de Jaime Gil de Biedma.*

Otra sincera insinceridad es la de ese cansancio de sí mismo, tan lleno de coquetería, de canas artificiales y consome con yema de huevo. Jaime Gil imagina su «De vida beata»:

*En un viejo país ineficiente,
algo así como España entre
[dos guerras
civiles, en un pueblo junto al
[mar
poseer una casa y poca ha-
[cienda
y memoria ninguna. No leer,
no sufrir, no escribir, no pa-
[gar cuentas
y vivir como un noble arrui-
[nado
entre las ruinas de mi inteli-
[gencia.*

La poesía de Jaime Gil tiene una importancia cultural extraordinaria, de la que no es consciente, todavía, la propia cultura poética nacional. Ningún poeta tan innovador como él. Nos ha enseñado el pleno consumo poético del idioma, ha destruido definitivamente la estructura estrófica y ha planteado el poema como un movimiento rítmico continuo que sólo se cierra en el último silencio. Además, la circunstancia excepcional, diríase que incluso providencial, de que el coeficiente mental de Jaime Gil sea considerable, ha condicionado el que después de una lectura de Jaime Gil de Biedma, uno adquiere un desmesurado sentido del ridículo y se avergüence por todas las veces que no empleó la palabra *sobaco*, porque no era poética.

Después de Jaime Gil de Biedma, ningún poeta nacional tiene derecho a poseer una corona de laurel en el perchero. ■ MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.

Malas pasiones



En este ensayo "sobre las malas pasiones" ("El nuevo príncipe", Eduardo Caballero Calderón, Ediciones de la Revista de Occidente), el autor colombiano se deja tentar por la más nefanda en que puede incurrir un intelectual latinoamericano de hoy: la del orgulloso desprecio a las tareas históricas colectivas, a la masa, a la multitud. Desconcierta que en la tierra de Camilo Torres haya podido escribirse un libro tan ferozmente individualista hasta el punto de negar todo progreso, interpretándolo como degradación. Ca-

ballero Calderón razona sus tesis moviéndose entre viejos tópicos ya arrumbados: "La madurez espiritual, el férreo dominio de las malas pasiones, la consciente orientación de la voluntad, que es la conducta, sólo pueden ser alcanzados por el hombre en cuanto ser aislado de los demás y uno en sí mismo, pero en ningún caso por la sociedad, ya se la considere como muchedumbre o como pueblo. La muchedumbre y el pueblo son esencialmente infantiles". Caballero preconiza, con toda seriedad, la lucha "contra la muchedumbre", y desde su olimpo compadece a los que esperan que venga al mundo una fecunda era de paz "en la que todos los hombres serán hermanos dentro del mismo pueblo...". Con un cinismo apenas disimulado bajo la docta erudición del autor, se sostiene en el libro en cuestión que, el hombre "esencialmente no ha variado gran cosa: que su corazón, es decir, que sus pasiones, sus sentimientos y sus instintos, son inalterables por naturaleza". Hay, pues, una naturaleza humana, y esta naturaleza humana es mala. El escritor latinoamericano no duda en añadir que "la cultura y la civilización pueden disfrazarlos (pasiones, sentimientos, instintos) y trocarles la apariencia, pero en el fondo son los mismos". Como se ve, no hay aquí ni defensa del "buen salvaje", ni apologética de la civilización. Se instala antes de Rousseau e ironiza sobre la irremediable maldad humana. Este Maquiavelo del siglo veinte —que hace caso omiso del carácter profundamente histórico de "El Príncipe" con su realismo tan estrechamente ligado al momento del desarrollo social y político en que fue escrito— aconseja con desenfado a "los hombres de buen gobierno", haciendo gala de un reaccionarismo que ya es difícil encontrar en los libros, aunque todavía perviva, a veces, en la práctica política. Caballero sabe "que el mal existe en el corazón del hombre como algo propio e indestructible..." y en función de este penetrante pensamiento y de otras tesis no menos escépticas, desenvuelve un buen fardo de opiniones sobre la cultura, la civilización, el honor, la guerra y hasta las finanzas. Uno termina por no saber bien si este libro está escrito en serio o constituye un puro ejercicio de ironía intelectual. El individuo será la solución de todos los males, sólo él sabrá resistir las

tentaciones del diablo en sus nuevas formas socializantes; la civilización, el desarrollo técnico, el progreso político, económico y social, he aquí el mal, la última encarnación diabólica para el señor Ca-

ballero Calderón, evidentemente víctima de la pasión individualista, del orgullo elitista y antidemocrático, hoy, según nos parece, las peores pasiones del intelectual. ■ EDUARDO G. RICO.



El «Larra» de Muñiz

Una nueva biografía de Mariano José de Larra («Larra», Mauro Muñiz. Ediciones Epesa), no por popular menos exigente y rigurosa que un más amplio estudio. Una biografía para hoy, de vivísima actualidad, por serlo de una actitud y de un pensamiento más que de la anécdota de una existencia humana. Aquí está el Larra precursor del 98, el del amor a la España real, el del dolor de la España formal, introducida en un «Impasse», impotente para reaccionar contra la parte de sí misma que la mantiene enraizada en el pasado. El biógrafo y periodista asturiano entiende que «la capacidad de denuncia de la obra de Larra debe ser medida en contraste con nuestro tiempo, no con el suyo». Utilizando este criterio, sin duda certero, se llega a la conclusión de que «Larra sigue vivo».

Este es, en efecto, Larra: contradictorio y suicida, en una España contradictoria y suicida. El levanta testimonio, y lo encarna como ningún otro de la época. Liberal frente a la España antiliberal, desconcertado a veces en un orden socio-político en que reina el desconcierto, agudo y brioso en sus críticas de costumbres, en sus análisis políticos, y, sin embargo, entristecido y melancólico cuando observa meditativamente la realidad: ¿Dónde está el cementerio, fuera o dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé a ver claro. El cementerio está dentro de Madrid.

Excelente trabajo biográfico el de Mauro Muñiz sobre «Figaros». Epesa lo añade a su serie «Grandes escritores contemporáneos», que dirigen Castresana y Manrique de Lara, y en la que ya fi-

guran numerosos títulos: un «Machado», del propio Manrique de Lara; un «Valle-Inclán», de Francisco Umbral; un «García Lorca», de Manuel Vicent, etcétera. ■

«Larra», por Mauro Muñiz. Epesa.

La España del XVIII

En la misma colección (Ariel Quincenal) que ha ofrecido, en pocos meses, dos excelentes antologías de trabajos de Vicens Vives y Domínguez Ortiz, aparecen ahora, recopilados en un volumen, seis estudios de Gonzalo Anés, catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, en torno a algunos de los principales aspectos de la sociedad española de la segunda mitad del siglo XVIII («Las sociedades de amigos de París», «El informe sobre la Ley Agraria», «La Revolución francesa y España», «Las fluctuaciones de los precios del trigo, de la cebada y del aceite (1788-1806)», etcétera).

¿Cuáles son las tensiones que se establecen en la sociedad española de la segunda mitad del siglo XVIII? ¿Qué concomitancias presentan con otros procesos sociales que se desarrollan en países europeos en la época? ¿Cuáles son las posibilidades y las limitaciones del reformismo de la Ilustración? ¿Cómo se resuelve la contradicción entre los intereses de la sociedad estamental y los de la naciente burguesía industrial? ¿Cómo determinar, en definitiva, los elementos de la dialéctica de un proceso de enorme trascendencia para la Historia Contemporánea española? Todas estas cuestiones son abordadas, con mayor o menor amplitud, pero siempre con un gran rigor metodológico y con acopio de abundante documentación, en esos artículos de G. Anés, que, publicados anteriormente en revistas científicas, se ponen ahora al alcance, por fortuna, del gran público. ■ A. L. M.

«Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII», de Gonzalo Anés. Ediciones Ariel, 1969.